

## EL NACIONALISMO COMO UN CAMPO DISCURSIVO POLÉMICO Y PLURAL

José J. Rodríguez Vázquez  
Programa de Estudios Iberoamericanos  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

La definición de la nación se vincula con el poder de la escritura y con las tradiciones definidas por los letrados. Constituye una práctica poética y política que indaga, a la vez, las fuentes de coherencia simbólicas y sociales. Es a través de un proceso imaginario que el discurso puede “nombrar” una realidad nacional, construir un sujeto, imponerle límites ideológicos e institucionales, definir sus características. Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios*.

Ser parte de un país colonial podría explicar o justificar el interés de este conferenciante por la nación y el nacionalismo. Pertenezco, me guste o no, a una isla del Caribe que sirvió para compensar a una joven República imperial por sus gastos en la guerra contra un imperio colonial desvaneciente. Han transcurrido 112 años y la cuestión nacional ha marcado, podría decirse como obsesión, el ámbito intelectual y político de ese país. Esto ha sido así hasta el punto que uno de nuestros intelectuales, Arturo Torrecilla, hastiado con las vueltas a la noria, ha postulado que es necesario despegarse de la ansiedad de ser puertorriqueño y otro, Carlos Pabón, consideraba la cuestión nacional un asunto superado que, como un zombie o un muerto con trazos de vida, era el espectro que asediaba las fantasías de nuestro pobre y maltrecho imaginario social.<sup>1</sup>

Pero hablar de la nación y del nacionalismo es, sin lugar a dudas, mucho más que el resultado de una condición colonial y considero que hay que tener cuidado con eso de declararlos obsoletos y muertos sin sepultura. Creo que para defender su pertinencia, al

---

<sup>1</sup> Véase: Arturo Torrecilla, *La ansiedad de ser puertorriqueño: etnoespectáculo e hiperviolencia en la modernidad líquida*. San Juan, Vértigo, 2004; Carlos Pabón, *Nación Postmortem. Ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad*. San Juan, Callejón, 2002.

menos como objeto de estudio, basta con considerar que ambos aspectos han constituido uno de los ejes principales de la vida intelectual y política moderna y, por lo tanto, que hablar sobre lo nacional es discutir sobre los elementos que dan forma a la dimensión política de una modernidad que no termina de asumir su “pos” y parece más insistente de lo que algunos profetizaron o deseaban. El pueblo-nación es aquello que se afirma y se discute antes y después de la formación de los estados-naciones modernos y no puede haber idea de revolución y de fundación de un nuevo tipo de Estado sin postular la existencia de ese sujeto social soberano que establece con su voluntad el orden político. Nación y nacionalismo forman parte, pues, de un momento histórico-político revolucionario en el sentido de que tienen que ver con la ruptura y fundación de un nuevo tipo de Estado por un nuevo sujeto histórico. Fecho la afirmación de este principio político constituyente o de esta representación para el momento de las revoluciones de los siglos XVIII y XIX -la Revolución Norteamericana, la Revolución Francesa, la Revolución Haitiana y las Revoluciones Hispanoamericanas- y añadido que aquí comenzó una discusión que se ha prolongado prácticamente hasta nuestros días. Este debate por la representación hace posible entender lo político como prácticas materiales y simbólicas, como una lucha que habita en la realidad y en el lenguaje que la significa.

Para mí, puertorriqueño y caribeño que territorializa su identidad consciente de su fragilidad y con mucha incomodidad, pensar lo nacional ha sido una forma de acercarme a la América Latina ya que si hay un asunto recurrente en lo que podemos llamar “pensamiento latinoamericano” es la discusión sobre la cuestión nacional. En mi caminar intelectual he ido transitando desde Puerto Rico y las Antillas hispanas de Cuba y República Dominicana para acercarme al campo político-intelectual del Caribe no-

hispano y a la historia de América Latina a partir de las Guerras de Independencia. Se trata de una empresa ambiciosa pero fascinante; una aventura por las utopías y desencantos de unas elites letradas y por unos acontecimientos que no se dejan dócilmente significar. Como tesis sobre el pensamiento latinoamericano me atrevo sostener que se puede recorrer relacionando tres ejes temáticos. Uno, el económico, está constituido por la discusión sobre el atraso, el desarrollo y la modernización. El otro, político, ha tenido que ver con las revoluciones, la fundación de los Estados nacionales y, sobre todo, con los temas del caos, el orden, la autoridad y la democracia. El tercero, identitario, es el largo debate, sobre una posible identidad americana y las identidades nacionales, que transcurre desde la visión republicana del período de las revoluciones hasta las identidades hispanófilas racializadas, dominantes en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, para llegar, durante ese último siglo, a los mestizajes populistas y a la noción de pueblo-nación trabajador de la tradición intelectual socialistas. En síntesis, mi proyecto se fue expandiendo desde Puerto Rico para abarcar una época – la modernidad- y un contexto: Latinoamérica.

Todos ustedes saben que hablar de un tema es hablar con uno mismo y con los otros. Hablar con otros en el doble sentido de hablar con fantasmas y con personas. Mis fantasmas habitan en los libros, juegan con el lenguaje, yacen encerrados, esperándome, generosos, entre carátulas y títulos de presentación. Los otros reales son mis estudiantes, mis familiares y amigos y hoy, ustedes, con los que tengo el privilegio de conversar gracias a la gentileza de la Dra. Susana González Sawczuk, del Dr. Yobenj Aucardo Chicangana Bayona y de las autoridades de esta Universidad Nacional de Colombia en Medellín. Quiero hacer constar públicamente mi agradecimiento a ellos por esta

invitación y, además, aprovechar para dedicarles mis palabras a cinco colombianos que han tenido mucho que ver en mi encuentro con este país, sin hacerlos responsables de lo que diga: Mónica Espinosa Arango, Wielder Guerra, Jaime Arocha, Santiago Castro Gómez y Francisco Ortega.

Dos aclaraciones me parecen pertinentes antes de entrar de lleno en el tema que nos reúne hoy en este lugar. En primer lugar, si he dicho conversar es porque busco, intencionalmente, alejarme de ese otro tipo de discurso que es el sermón. Quiero hablar con “otros reales” algunas cosas que he discutido con mis “otros fantasmas”; abrir un diálogo a partir de algunas ideas problemáticas y provocadoras. En segundo lugar, no quisiera dejar de señalar que hablar de la nación y del nacionalismo no tiene nada que ver con el deseo, manifiesto u oculto, de convertirme en un pensador nacionalista. No pretendo elaborar una nueva teoría de la nación, una nueva forma de pensar el qué somos para dar, por fin, con la esencia del Ser. Lo que intento es desarrollar una serie de posiciones teórico-metodológicas que permitan analizar y comprender el fenómeno político-intelectual nacionalista. Claro está, comprender no es eso que es posible cuando se está “fuera del mundo” –nadie que hable está fuera del mundo- y por eso tengo que advertirles que no se pueden olvidar de los elementos que conforman esta voz enunciativa y los efectos de poder de su saber interpretativo. Hecha la salvedad, insisto: no busco hablar, pues, desde la nada ni desde el privilegio epistémico de una ciencia. Pretendo pensar-hablar como una forma de estar en mi tiempo-lugar, en mi “espuma” de relaciones objetivas y subjetivas que me ligan inevitablemente a los demás. Pienso-hablo para comprender y no para denostar, para labrar instrumentos analíticos y no para construir una nueva ontología del ser nacional.

El análisis del nacionalismo se ha realizado, a pesar de las tipologías que han desarrollado distintos estudiosos, bajo el influjo de la Historia de las Ideas. Con esto no pretendo decir que el nacionalismo todavía sea explicado como un simple resultado del debate de ideas que desarrollan en el campo cultural los hombres de letras. Sabemos que en la historiografía sobre el nacionalismo, que se ha estado enriqueciendo en estas últimas tres décadas, ahora predominan los estudios que buscan exponer sus fundamentos históricos, políticos, económicos, psicológicos y algunos, por suerte muy pocos, hasta raciales. No obstante, hay que reconocer que el nacionalismo se sigue pensando como una ideología política moderna que debe ser definida con claridad y precisión de forma tal que resulten establecidos sus rasgos generales. Tarea agotadora esa de extraer estos puntos generales y también tarea peligrosa la de elaborar un tipo ideal que permita explicar la complejidad de sus formas histórico-concretas de expresarse en el ámbito político e intelectual. Considerado como parte del mundo de las ideas modernas, el nacionalismo tiende a definirse como un pensamiento uniforme y específico que se puede diferenciar con facilidad de esas otras ideologías políticas modernas que son el liberalismo, el socialismo, el marxismo, el conservadurismo, el racialismo y el republicanismo.

Mi posición es que hay que alejarse de esta estrategia teórica para forjar herramientas que le permitan a la reflexión trabajar sobre la complejidad de la historia política moderna y sobre el papel que ha jugado en ella la discusión sobre lo nacional y el campo de pensamiento nacionalista. Es posible comenzar a distanciarse de este modelo de Historia de las Ideas contrapesándolo con tres afirmaciones que permitan reconocer la maraña del nacionalismo. En primer lugar, no existe el nacionalismo como un

pensamiento uniforme y todo esfuerzo por construir una definición tropieza con el problema de que se trata de un campo discursivo polémico y plural que se niega a reducirse a una única versión teórica. Estamos ante un pensamiento dinámico que se transforma por el contacto con otras visiones de mundo y que depende del contexto histórico-social en el que opera y de los distintos momentos ideológico-políticos que definen sus contenidos (problemas y temas) y su relación con la política.

La imposibilidad de hablar del nacionalismo en singular no resulta de la ausencia de escritores prominentes, como creen algunos de sus estudiosos, sino de su forma de imbricarse con otros discursos y de sus distintos contextos históricos-sociales y momentos ideológico-políticos. Más que hablar de “nacionalismo” debemos hablar siempre de “nacionalismos” o de un campo discursivo heterogéneo y polémico. Claro está, esto no significa que debamos adoptar ingenuamente una tipología societal (nacionalismo inglés, francés, alemán) que, paradójicamente, pluraliza lo que ya ha singularizado y simplificado; o geográfica (nacionalismo occidental y nacionalismo no occidental), manchada por un tufo eurocentrista, o los tipos clásicos de nacionalismo político-civil y nacionalismo étnico que han servido para enmascarar la lectura eurocéntrica y optar por un enjuiciamiento moralizador que pretende distinguir entre los buenos y los malos de la Historia. Hablar de la pluralidad del nacionalismo es comprenderlo como un campo donde habitan discursos que tienen por objeto lo nacional pero en distintos períodos históricos, realidades sociales y fases ideológico-políticas. Si pensamos en el campo nacionalista en el mundo colonial o en naciones sin Estados tendríamos que decir, siguiendo a Partha Chatterjee, que los distintos momentos ideológico-políticos pueden pensarse distinguiendo entre nacionalismos de arranque,

movimiento y llegada, y reconocer que en cada uno de estos momentos coexisten distintas versiones nacionalistas.<sup>2</sup> A esto debe sumársele los distintos contextos históricos y se podría hablar de nacionalismos antiabsolutistas, anticoloniales, oficiales, secesionistas y autonomistas.

En segundo lugar, los investigadores que hablan de la pobreza teórica del nacionalismo, y lo contrastan con otras corrientes de pensamiento relacionadas con autores fundamentales, están anclados en una Historia de las Ideas productora de unos modelos o tipos ideales que difícilmente pueden explicar la realidad. Uno de los principales puntos de discusión en la historiografía sobre el nacionalismo proviene, precisamente, de que la definición teórica hace difícil la comprensión del proceso histórico y muchas veces el estudioso se siente forzado a encuadrar los hechos para que se ajusten a la teoría. Los historiadores, como ha reseñado muy bien Anthony D. Smith, se han dedicado con sus ejemplos históricos a destruir los modelos elaborados por los teóricos.<sup>3</sup> También hay que destacar que el campo nacionalista se caracteriza por su “hibridez”, por su forma de relacionarse, mediante una apropiación activa, con los elementos que forman parte de otras escuelas de pensamiento. En su interior aparecen combinándose, no sin múltiples tensiones, elementos liberales, conservadores, republicanos, socialistas y racialistas. Para decirlo de otra manera, hablar de la nación es siempre mucho más que hablar de una cuestión cultural y todo relato nacionalista es un discurso histórico en el que se discuten los asuntos económicos, políticos y sociales que

---

<sup>2</sup> Véase: Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse?* Minneapolis, University of Minnesota, Press, 2001; *The Nation and Its Fragments. Colonial and Postcolonial Histories*. Princeton, Princeton University Press, 1993; *La nación en tiempo heterogéneo y otros ensayos subalternos*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

<sup>3</sup> Véase: Anthony D. Smith, *Nacionalismo y modernidad*. Madrid, Istmo, 2000; *The Nation in History. Historiographical Debates About Ethnicity and Nationalism*. Hanover, University Press of New England, 2000; *Nationalism. Theory, Ideology, History*. Cambridge, Polity Press, 2001.

marcan a la nación. Pero lo que me parece fundamental es la necesidad de precisar de qué se habla cuando decimos pueblo-nación. Muchos se han lanzado a la búsqueda de una “cosa”, al encuentro con una forma real de sociedad -este es el caso de los historiadores-, cuando de lo que se trata es de dar cuenta de la aparición de una representación, imprecisa y fluctuante, que domina el debate público y demuestra el papel de lo simbólico en lo político.<sup>4</sup> Más allá del afán nacionalista por materializar su representación, lo que considero vital es la formación de esa representación y su papel en el espacio político de la modernidad.

En tercer lugar, considerar al nacionalismo como una ideología supone someterlo a una perspectiva epistemológica que lo define como una falsa conciencia que puede ser desmitificada por una mirada científica productora de verdad. El estudioso que habla de la ideología nacionalista supone estar colocado en una posición epistemológica privilegiada que le permite discurrir sobre el nacionalismo como un tema de estudio que puede ser visto objetivamente. El analista oculta su propio posicionamiento ideológico y el debate político que habita en su reflexión. La historiografía sobre el nacionalismo debe ser pensada tomando en consideración las perspectivas teórico-políticas de los investigadores. Si hacemos esto es posible reconocer, más allá de los distintos enfoques disciplinarios, diferencias analíticas entre estudiosos que podemos llamar liberales, conservadores, marxistas y posmodernos. Con relación a esto hay que decir que muchas veces sorprenden, no sus discrepancias, sino sus puntos comunes frente a lo que consideran un discurso positivo o negativo.

---

<sup>4</sup> Véase: Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997; Claude Lefort, *La invención democrática*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1990; *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*. Barcelona, Anthropos, 2004; *El arte de escribir y lo político*. España, Herder, 2005.



Todo discurso nacionalista tiene como objeto afirmar la nación y lleva a cabo esta operación a través de una teoría de la pluralidad y de las diferencias. El modelo de “nosotros” y “los otros” habla de una diversidad de pueblos-naciones y puede pensarse como pluralidad de iguales o como pluralidad jerarquizada en las que es posible distinguir entre lo superior y lo inferior. Aquí resulta relevante reconocer que en el absolutismo europeo las diferencias se pensaron dentro de las categorías de clase, casta y religión, mientras que en el mundo colonial se produjo una generalización en la que la mirada colonialista europea incluyó como lo diferente-inferior a todo lo que pertenecía a su exterior. Esta distinción es importante para entender la forma en que se organiza el campo nacionalista frente a sus adversarios. No obstante, lo que me interesa destacar es que en el mundo colonial la teoría de las diferencias no fue un invento del campo nacionalista, sino una postura heredada de su enemigo: el discurso colonial. La diferencia principal entre estas dos perspectivas consiste en que allí donde el discurso colonial ve diferencias entre sujetos desiguales y hasta enemigos, el campo nacionalista sostiene la posibilidad de una pluralidad de iguales que pueden incluso llegar a entablar un diálogo entre amigos. En este punto es fundamental añadir que esta postura del campo nacionalista debe también ser problematizada para reconocer sus límites y peligros. Las identidades siempre están deseosas de fijarse y se tornan, a la menor provocación, en excluyentes de lo diferentes. En distintos contextos histórico-políticos es posible encontrar posturas nacionalistas paranoicas, muchas veces las más insistentemente reconocidas por los medios de comunicación, que jerarquizan y convierten la distinción entre “nosotros” y “los otros” en campo de guerra. La identidad quiere cerrarse, hacerse Una, fijar los bordes definitivos de su armonía perfecta.

Afirmar la nación es ya polemizar con los discursos que niegan su existencia. En el contexto colonial, con el campo discursivo colonialista que considera a esos “otros subalternos” como una población carente de personalidad y de racionalidad para actuar como sujeto libre en la Historia. Más allá de los posibles tipos de nación y de las tensiones que éstas puedan tener –nación problemática, nación convivencial, nación perfecta- para los pensadores nacionalistas la pregunta de si existe la nación solo puede ser contestada de modo afirmativo. De lo contrario no hablarían desde el interior del discurso nacionalista y estarían atrapados en el registro de su enemigo. Para los estudiosos, por el contrario, la discusión sobre si existe la nación y el nacionalismo se torna en una búsqueda que está determinada por una definición. Encontrar históricamente a la nación y al nacionalismo tiene mucho que ver con las definiciones que nos hemos hecho de esta “comunidad” y esta forma de pensamiento. Si adoptamos el modelo de que la nación es una comunidad pensada a partir de criterios culturales y hablamos del nacionalismo para referir al etnonacionalismo, entonces se hace fácil decir, como sucede en muchos estudios del caso latinoamericano, que este tipo de comunidad y este discurso no aparecieron hasta después de formado el Estado nacional, cuando liberales y conservadores impusieron un modelo homogeneizador culturalizado. A la nación le faltaba x o y elementos y el nacionalismo no había elaborado su visión cultural de la identidad.

Todo discurso nacionalista debe definir lo afirmado y, como discurso relacionado con lo político, debe elaborar una propuesta política. El nacionalismo no es necesariamente una teoría para el Estado o desde el Estado, pero siempre contiene una postura política y plantea que el sujeto colectivo pueblo-nación es libre y capaz de

establecer su orden deseado. Es precisamente aquí donde sigue acentuándose el carácter polémico y plural del nacionalismo: en la forma de definir la nación y en las múltiples propuestas políticas que se consideran posibles y adecuadas al Ser nacional. El campo discursivo nacionalista está ligado a lo político en tanto que actúa en el ámbito cultural cuestionando las perspectivas de otros discursos y en el espacio público termina convirtiéndose en movimiento que busca influenciar en el orden estatal. Todo discurso nacionalista afirma, pues, la existencia de un sujeto colectivo que debe ser el poder constituyente del orden político. Esto no significa que se asume como necesario el Estado. Lo central es que el poder constituyente es el pueblo-nación pensado como una comunidad libre con voluntad política. Sobre las opciones políticas hay que subrayar que éstas varían y se convierten en parte de su pluralidad polémica.

El nacionalismo es un campo discursivo que está relacionado con lo político pero no puede entenderse como sinónimo de movimiento político de masas. El discurso nacionalista, como han señalado Miroslav Hroch y Partha Chatterjee, comienza siendo una expresión de elites letradas alejadas de la política, pero no de lo político, y sólo en un determinado momento se convierte en un discurso ligado a la práctica política.<sup>5</sup> Chatterjee ha elaborado una teoría de los momentos del discurso nacionalista anticolonial que es muy útil para pensar la dinámica del campo nacionalista y entender su carácter plural y polémico. El nacionalismo inicia como un discurso de elites culturales. En un segundo momento se torna movimiento político crítico del orden existente (colonial, absolutista o del Estado nacional) y, finalmente, se convierte en discurso del poder o alcanza su meta política. Esta puede ser la formación de un Estado nacional propio o la

---

<sup>5</sup> Véase: Miroslav Hroch, *Social Preconditions on National Revival in Europe*. New York, Columbia University Press, 2000; Chatterjee, *Nationalist Thought; The Nation; La nación en tiempo heterogéneo*.

reformulación del orden estatal para asegurar medidas autonómicas que aseguren la personalidad nacional y el ejercicio de su voluntad política en asuntos que se consideren vitales para la existencia de la nación.

Tres puntos sería importante destacar aquí. En primer lugar, que el nacionalismo cambia de problemática y temática en cada una de estas fases y, por lo tanto, en sus propuestas económico-políticas, sociales y culturales. En segundo lugar, que estos momentos o fases no son cronológicos y sucesivos, lo que significa que en un momento histórico el campo nacionalista puede estar caracterizado por discursos de distintos momentos ideológico-políticos. Tercero, que la fase política de llegada o la conversión de la utopía nacionalista en ideología legitimadora del orden político, sea esta como formación de un Estado propio o de medidas autonomistas y hasta anexionistas de insertarse en un Estado multinacional, no resuelve la polémica sobre la identidad y la diversidad de relatos nacionales. Hablar de la nación sigue siendo la obsesión de las elites políticas y culturales de los Estados nacionales y de minorías nacionales, y ocupa un lugar relevante en el debate político y las movilizaciones populares.

El contexto histórico-social y político en el que opera el campo nacionalista también permite distinguir entre un momento utópico y uno ideológico. Los nacionalismos utópicos se plantean como crítica del orden político existente y como propuestas para establecer un nuevo tipo de Estado o rearticular, jurídica y culturalmente, el sistema político existente. El nacionalismo como ideología supone la existencia de un Estado que se piensa a sí mismo como expresión de la nación y es lo que algunos autores han definido como nacionalismo oficial. La realización del Estado nacional hace posible, pues, un nacionalismo que puede funcionar como un discurso hegemónico, en el sentido

gramsciano de apropiación activa de otras versiones sobre lo nacional que coexisten en ese momento y lugar, pero la hegemonía nunca es una situación definitiva. Las luchas políticas dentro del Estado nacional serán procesadas ideológicamente acompañando al sujeto nación con otros significados. Por ejemplo, en el caso del pensamiento latinoamericano durante el siglo XX, el concepto de pueblo-nación se ampliará y socializará y comenzará a referir al campesinado, al obrero o al trabajador. Las elites políticas y culturales dejarán de hablar “de los otros” como problema y hablarán “por los otros”, como sus representantes responsables e ilustrados.

A la polémica en torno a si existe o no la nación y cuál debe ser su forma política se suma la de definir la nación. El campo nacionalista se fragmenta según los criterios que se manejan para inventar a este sujeto colectivo. Las perspectivas primordialista y voluntarista, que podemos llamar, respectivamente, las teorías objetivas y subjetivas de definir la nación, demuestran los distintos elementos con que se construye la comunidad imaginada, proceso de invención que quiere fundamentar la “realidad” de su objeto afianzándolo en lo real. El territorio, el parentesco, la raza, los elementos culturales, sobre todo la religión y el idioma, la historia compartida, la memoria y el deseo o la voluntad pasan a convertirse en los factores que se consideran indispensables para la formación del pueblo-nación. La teoría objetiva por excelencia, aunque no la única, es la elaborada por José Stalin y la subjetiva, posición que me parece insostenible, estaría contenida en la frase “plebiscito de todos los días” acuñada por Ernest Renan.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Véase: José Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional*. Barcelona, Anagrama, 1977; Ernest Renan, *¿Qué es una nación. Cartas a Strauss*. Madrid, Alianza, 1987. He discutido las tesis de Renan en: José J. Rodríguez Vázquez, “Dos modelos en tensión: la nación deseada y la nación heredada en Ernest Renan”, en *El Amauta*. Revista cibernética, <http://www.upra.edu>, Programa de Estudios Iberoamericanos, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico en Arecibo.

Un problema central que se desprende de esta discusión es que se confunde la idea de pueblo-nación, como principio político, con el encuentro de una “cosa” real portadora de una espiritualidad: la sociedad. El “significante vacío” pueblo-nación no es la realidad social, sino una “representación flotante” que busca construir el sentido de lo político haciendo presente lo imaginario a través de lo simbólico.<sup>7</sup> Otro punto de discrepancia es que para explicar la fuente originaria de este Ser, los pensadores nacionalistas buscan en la trascendencia o en los hombres ejemplares, mientras que los estudiosos del nacionalismo indagan en el poder de las ideologías, en la historia y en la psicología social. Por ejemplo, estudiosos de las ideas como Elie Kedourie acentúan el papel del romanticismo alemán, mientras que enfoques etnosimbolistas como el de Smith explican el poder del nacionalismo porque aterrizados ante lo perecedero necesitamos del sentido que provee esta “religión secular”.<sup>8</sup> Otra polémica tiene que ver con cuál o cuáles de los factores objetivos o subjetivos se consideran los elementos centrales para afirmar la existencia de la nación. La selección de uno o varios de estos criterios y los desplazamientos que se suceden de uno a otro están relacionados más con los contextos histórico-sociales y las relaciones de fuerzas de una determinada coyuntura política que con los simples caprichos de algún soñador o de ideólogos malintencionados.

Un aspecto interesante de esta discusión sobre qué es la nación es que el estudioso del nacionalismo que busca definirla se acerca peligrosamente al pensador nacionalista. Si este último es, precisamente, el constructor de esa comunidad imaginada, el estudioso ahora asume la existencia indiscutible de este sujeto social y procede a establecer los

---

<sup>7</sup> Para las categorías de “significante vacío” y “representación flotante” véase: Lefort, *La invención democrática; La incertidumbre democrática; El arte de escribir y lo político*.

<sup>8</sup> Véase: Elie Kedourie, *Nacionalismo*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985; Smith, *The Nation*, pp. 72-74; *Nationalism*, pp. 32-36, 142-146.

criterios objetivos o subjetivos que la han hecho posible. Así, la reflexión clásica de Renan sobre la nación deriva una teoría de la nación y la discusión sobre cómo ha sido definida la nación por los pensadores nacionalistas desemboca en una explicación sobre cómo es que se ha constituido realmente en el proceso histórico. En el caso de muchos de los investigadores que analizan la nación y el nacionalismo sus estudios desembocan, sobre todo en el caso de algunos historiadores, en una historia nacionalista. Ya no se dice el pensamiento nacionalista ha pensado la nación de esta manera, sino la nación se ha constituido de este modo y a partir de estos elementos. El mejor ejemplo de esta transición lo encontramos en la polémica que, en *La construcción de las nacionalidades*, Adrian Hasting lleva a cabo contra la reflexión realizada por Eric J. Hobsbawm en *Naciones y nacionalismo después de 1780*.<sup>9</sup>

Entre los criterios objetivos que se manejan para definir al pueblo-nación, el territorio es uno de los que más pesa. El pueblo-nación se ha pensado como un sujeto en el tiempo y, más aún, el espacio. Ligada a un territorio, estamos ante un Ser geografizado o espacializado que excluye lo que está más allá de su frontera. La nación es esa comunidad enraizada en un lugar y con esta estrategia discursiva la identidad, de alguna manera, se naturaliza. Aquí se encuentra uno de los puntos de contacto centrales del campo nacionalista con la geografía que hace posible llevar a cabo la invención del paisaje como “cuerpo de la patria”.<sup>10</sup> Ríos, mares, llanos, montañas, selva, desierto, flora,

---

<sup>9</sup> Véase: Adrian Hasting, *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*. Madrid, Cambridge University Press, 2000; Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1992.

<sup>10</sup> Véase: Carlos D. Altagracia Espada, *El cuerpo de la patria. Intelectuales, imaginación geográfica y paisaje de la frontera en la República Dominicana durante la era de Trujillo*. San Juan, Librería La Tertulia, Centro de Investigación y Creación/Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo, 2010; Álvaro Villegas Vélez “Civilización, alteridad y antigüedades: el territorio, el pasado y lo indígena en Colombia, 1887-1920”, en Diana Luz Ceballos Gómez (editora), *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia 1849-1960*. Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y

fauna, extensión y colores, la nación es lo telúrico como expresión de la Belleza y queda por dilucidar en quiénes ésta se ha hecho carne.

La polémica sobre el “Ser nacional” se aviva cuando los que habitan su casa no son sólo los hijos legítimos nacidos en el hogar, sino los extraños advenedizos que se han posicionado en ella. La nación se presenta ahora como una comunidad amenazada por personas del exterior que traspasan la frontera y se instalan de manera permanente en el territorio. De igual manera, se produce una tensión cuando los grupos que definen la nación se ven obligados a reconocer que habitan, en ese cuerpo del Ser, “otros inferiores” que nunca han logrado incorporarse. Estas dos posibles situaciones hacen que en el proceso de definir la nación los criterios raciales y culturales comiencen a desplazar o a combinarse con el criterio territorial para decir que sólo son nacionales los nacidos en el lugar que poseen determinadas características físicas y culturales. Para los “otros inferiorizados”, que llegaron o estaban, ciertos nacionalismos, propios de cuando ya ha sido establecido el Estado nacional, pueden tener la dudosa generosidad de ofrecerles la desaparición asimilista en el “espíritu” del Ser.

Si cambiamos de posición podemos reconocer que el criterio territorial también se debilita por la emigración. ¿Qué sucede con el miembro de una nacionalidad que sale de viaje decidido a permanecer fuera de su casa para siempre? ¿Es posible afirmar la existencia de naciones desterritorializadas o en la diáspora? ¿Cómo se hacen nacionales los inmigrantes? ¿Que pasa allí donde las migraciones producen descendientes que nacen

---

Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2009, pp. 33-49; Lina Marcela González Gómez, “Imágenes y contraimágenes: territorios y territorialidades en la construcción del Estado-Nación”, en Ceballos Gómez (ed.), *Prácticas, territorios y representaciones*, pp. 51-76; Margarita Serje, *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá, Universidad de los Andes, 2005; Mónica Quijada Mariño, “Los confines del pueblo soberano. Territorio y diversidad en la Argentina del siglo XIX”, en Francisco Colom González (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Madrid, Iberoamericana, 2 vols., 2005, II, pp. 821-848.



en otro territorio y ya no hablan el idioma de la nación paterno-materna? ¿A qué lugar espiritual pertenecen estos hijos del movimiento? Los diversos relatos nacionalistas tienen diferentes respuestas para estas interrogantes y la idea de nación se abre a la polémica política y simbólico-imaginaria.<sup>11</sup>

El elemento de parentesco, como el racial, refieren al pueblo-nación o a la identidad nacional como una herencia; una personalidad que acompaña a la genética. Se ha superado, o es posible salvar, la condición territorial y las poblaciones flotantes y sus descendientes conservan su identidad por factores biológicos. Sin embargo, el elemento racial torna compleja la cuestión del parentesco porque si una nación resulta definida a partir de una raza habría que preguntarse qué sucede con las personas de otra raza que nacen en ese territorio; cuál es la raza que define a la nación cuando habita mas de un grupo racial en el espacio territorial nacional y qué sucede con las personas que son hijos de la “mezcla” racial. El pensamiento latinoamericano de los siglos XIX y XX está marcado por esta discusión. El elemento racial constituye una nueva frontera imaginada, ya no geográfica, que es incapaz de resolver el problema de la presencia de varias nacionalidades en un territorio. La polémica en el interior del campo nacionalista se da entre nacionalismos racialistas, que afirman la nación como sinónimo de raza en sentido genético, y nacionalismos que culturalizan el concepto de raza y definen la nación más por criterios culturales que biológicos. A esta discusión se suman otros relatos nacionales que discrepan sobre la cuestión del mestizaje. Para algunos el mestizaje es degeneración. Para otros es asimilación, biológica y cultural, de la raza inferior por la raza superior. Algunos ven aquí la síntesis dialéctica que hace irrumpir lo nuevo que conserva,

---

<sup>11</sup> Véase: Will Kymlicka, *Ciudadanía multicultural*. Barcelona, Paidós, 1996; *La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*. Barcelona, Paidós, 2003; Yolanda Martínez San Miguel, *Caribe Two Ways. Cultura de la migración en el Caribe insular*. San Juan, Callejón, 2003.

superando, los opuestos. Finalmente, están los que encuentran una forma de reconocer una zona de contacto con tensiones e intercambio que nunca se resuelven con la aparición de un nuevo ser o de una armonía.<sup>12</sup>

Los elementos culturales son, nadie lo duda, los criterios objetivos más utilizados en la invención de identidades nacionales. Idioma, religión y costumbres se ligan al territorio y la raza para completar la nación. Pero cuidado. A pesar de su importancia, en algunos discursos nacionalistas estos factores culturales pueden resultar inadecuados para construir diferencias entre comunidades, ya que los mismos resultan compartidos. Esta es una de las dificultades principales del pensamiento político republicano durante las guerras de independencia y de las naciones hispanoamericanas de la fase poscolonial que asumieron como parte de su identidad el tronco cultural hispánico. El pensamiento político republicano tuvo que establecer la identidad del pueblo-nación, denominado “americanos”, en el territorio, en la memoria de un sufrimiento compartido, el de la experiencia colonial, y en el deseo demostrado en la sangre y los sacrificios. Construir una teoría de las diferencias con la “madrastra” España sobre criterios culturales era un imposible para las elites políticas y letradas criollas. A esto se puede añadir que las identidades nacionales desarrolladas en los nuevos Estados nacionales hispanoamericanos tienen más puntos en común que diferencias. Sobre esa situación es que se hizo posible,

---

<sup>12</sup> Véase: Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006; Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Colombia, Plaza Mayor, 2010; Luis Duno Gottberg, *Solventando las diferencias. La ideología del mestizaje en Cuba*. Madrid, Iberoamericana, 2003; Agnes Lugo-Ortiz, *Identidades imaginadas. Biografía y nacionalidad en el horizonte de la guerra (Cuba: 1860-1898)*. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1999; Jossianna Arroyo *Travestismos culturales: literatura y etnografía en Cuba y Brasil*. Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh, 2002; Santiago Castro Gómez, *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en La Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005; Olivia Gall, “Identidad, exclusión y racismo: reflexiones teóricas y sobre México”, en *Revista Mexicana de Sociología*. Año LXVI, Núm. 2, abril-junio, 2004, pp. 221-259; Jorge Seda Prado, *Al rescate de la patria. Los intelectuales y el discurso político-cultural en la República Dominicana en la época posttrujillista (1960-1970)*. San Juan, Librería La Tertulia, Centro de Investigación y Creación/Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo, 2010.

hacia las últimas décadas del siglo XIX, elaborar un hispanoamericanismo o latinoamericanismo que inventó la unidad de una nueva comunidad imaginada frente a un enemigo identificado como la civilización utilitaria anglosajona. La hispanofilia, como visión transnacional, pretendió construir una nueva comunidad lingüística más allá de los Estados nacionales y sus identidades.<sup>13</sup>

La memoria y la historia compartida tienden a cobrar importancia allí donde los criterios raciales y culturales resultan poco apropiados para afirmar la unidad del sujeto nacional. Ambas refieren a una construcción intelectual y política. La memoria apunta al trabajo de recordar y, por lo tanto, de olvidar. La historia compartida, a las acciones y a la idea de unidad que surge del actuar juntos. Quizás el teórico que más ha resaltado estos elementos en su reflexión ha sido Renan.<sup>14</sup> Esto le permitió justificar su postura de que Alsacia y Lorena formaban parte de la nación francesa y no alemana. No obstante, aquí es posible reconocer que otro de los puntos que hacen del campo nacionalista uno polémico y plural emerge de sus relaciones con la historia; de la historia como acontecimientos en el tiempo-espacio y de la historia como relato o historiografía. Hay que decir que todo discurso nacional contiene un metarrelato que construye la nación y, siguiendo a Peter Sloterdijk, considerarlo un “sistemas ilusorios de precipitaciones”.<sup>15</sup> El metarrelato nacionalista es continuista –enlaza pasado, presente y futuro-, heroico y cree en la resurrección y el Progreso de la nación. Resurrección, porque la nación tiene

---

<sup>13</sup> Véase: María Teresa Uribe, “Identidad nacional en la Gran Colombia”, en Colom González (ed.), *Relatos de nación*, II, pp. 821-848; Cristina Rojas, *Civilization and Violence: Regimes of Representation in Nineteenth-Century Colombia*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 2002. Graciela Montaldo, *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2004; Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

<sup>14</sup> Véase: Renan, *¿Qué es una nación?*

<sup>15</sup> Véase: Peter Sloterdijk, *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid, Siruela, 2007, p. 20.

presente y futuro como consecuencia de sus orígenes y/o de su “edad de oro” y puede superar sus crisis. Progreso, porque la nación es siempre un sujeto colectivo que se niega a perecer; una voluntad de ser, hacer y estar en el mundo. Origen, viaje, lucha, voluntad, hazañas, logros, próceres y progreso son algunos eslabones de ese sistema de ilusiones. Para decirlo con Sloterdijk, el metarrelato nacionalista, como épica moderna, es “poesía del éxito”.<sup>16</sup> Pero lo que creo obligatorio tener presente es que la historia es siempre un campo de combate y, en ese sentido, el campo nacionalista no produce una historia, sino una discusión sobre la historia. Las historias nacionales pueden fundar distintos proceratos heroicos, reconocer diferentes momentos históricos trascendentales y definir distintos elementos socio-culturales como pilares de la nación. Más aún, como han dejado claramente establecido Hayden White y Walter Bonilla, existen diferentes modos de narrar y de recordar y en esta pluralidad se asiste a las formas poéticas de un debate.<sup>17</sup>

Queda, por último, el elemento voluntarista o la elección individual. La mayoría de los pensadores nacionalistas que recogen este factor lo hacen inmersos en la tradición liberal contractualista que asume la formación de la sociedad y del Estado como el producto de la voluntad de los individuos. El pueblo-nación es aquí más deseo que herencia y no está inscrito en la naturaleza, sino en la elección racional y la dimensión psicológica de la identidad. Algunos estudiosos del nacionalismo encuentran en los teóricos voluntaristas una idea política de nación propia de un nacionalismo político-civil. Más recientemente, otros investigadores han descartado estas categorías para reducir el nacionalismo a su modelo étnico y proponer que la teoría voluntarista sólo opera en lo

---

<sup>16</sup> Sloterdijk, *En el mundo interior*, p. 128.

<sup>17</sup> Véase: Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992; Walter R. Bonilla Carlo, *Exilio y memoria en la era de Trujillo*. República Dominicana, Ministerio de Cultura de la República Dominicana, 2010.

que consideran como patriotismo republicano.<sup>18</sup> Hay que reconocer que la teoría voluntarista de la nación resulta más adecuada para sociedades de inmigrantes. Las diferencias culturales de los distintos grupos migratorios pueden ser superadas por el deseo de cada individuo de incorporarse al “Ser nacional”. Sin embargo, sus críticos sostienen que ésta tiende a confundir la noción de nacionalidad con la de ciudadanía. Los defensores de los criterios objetivos podrían aceptar que una persona elija el país o Estado al que quiere pertenecer, pero no consideran posible formar parte de una nación por simple decisión.

El carácter plural y polémico del campo discursivo nacionalista se ha hecho evidente en su afirmación de la nación, en sus nexos con lo político y en la forma de elaborar la comunidad imaginada. Giremos y regresemos a lo político para escudriñar un poco más en esa pluralidad polémica. Pueblo-nación, revolución y república son tres conceptos centrales del mundo intelectual y político a partir del siglo XVIII. El primero es el sujeto fundacional que produce con su libertad, su racionalidad y su voluntad lo segundo para poder establecer lo tercero. No hay revolución en el sentido moderno sin ese sujeto constituyente con potencia y capacidad para organizar su vida social y política y no hay revolución sin proyecto republicano, sin propuesta de ruptura radical con el pasado y fundación de algo nuevo. Pueblo-nación revolución y república son inicio de la historia, afirmación de la existencia de un nuevo principio de poder constituyente que actúa y funda su propio ordenamiento político.<sup>19</sup> La idea de pueblo-nación es un

---

<sup>18</sup> La distinción entre un nacionalismo político-civil y el nacionalismo étnico sigue vigente en estudiosos como Anthony D. Smith y Yael Tamir. La distinción entre nacionalismo y republicanismo ha tenido un destacado portavoz en Mauricio Viroli. Véase: A. D. Smith, *La identidad nacional*. Barcelona, Trama, 1996; Yael Tamir, *Liberal Nationalism*. New Jersey, Princeton University Press, 1993; Mauricio Viroli, *For Love Of Country: An Essay on Nationalism and Patriotism*. Oxford, Clarendon Press, 1995.

<sup>19</sup> Antonio Negri ha señalado que ante la no trascendencia, el poder constituyente refiere a esa ausencia o vacío de fundamentos que hace posible la libertad del deseo como potencia constituyente. El poder

“significante vacío”, una “representación flotante” que no parte, pues, de una cuestión cultural, sino política y el humanismo cosmopolita ilustrado lo que afirma es una común naturaleza humana para que cada pueblo-nación construya su forma republicana de gobierno y no la disolución de las diferencias entre los pueblos-naciones.

La idea de pueblo-nación como comunidad libre con voluntad política se puede pensar desde dos perspectivas que estuvieron activas en el contexto del siglo XVIII durante la Revolución norteamericana y la Revolución francesa. En una tradición más republicana estatalista, influenciada por el absolutismo, se piensa como una comunidad homogénea unificada, como un sujeto-uno portador de una voluntad general (J. J. Rousseau). Para la tradición republicana democrática, estamos ante una comunidad de ciudadanos diversos que se han organizado para realizar un proyecto histórico-social. El pueblo-nación no es homogéneo, sino una pluralidad de ciudadanos que han constituido un espacio público o político para actuar en libertad. Hannah Arendt penetraba en esta discusión al analizar la Revolución francesa y la norteamericana y demostraba que el republicanismo, con su teoría de pueblo-nación como sujeto fundacional, no fue un pensamiento y un movimiento político uniforme. Menos aún, que los revolucionarios fueran plenamente conscientes de lo que era, de cómo debía realizarse y hacia donde debía dirigirse la revolución.<sup>20</sup>

Con esto queremos destacar que la discusión sobre qué es la nación no comenzó con la aparición de un nacionalismo político y otro étnico, de un nacionalismo voluntarista y otro objetivo o de un nacionalismo francés y otro alemán. Tampoco puede

---

constituyente es “deseo de comunidad”, “deseo de una comunidad tan real como ausente”, deseo de ser lo que no se es y puede ser. Para un análisis del tema del poder constituyente, la revolución y la experiencia democrática véase: Antonio Negri, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*. Madrid, Libertaria/Prodhufi, 1994.

<sup>20</sup> Véase: Hannah Arendt, *Sobre la revolución*. Buenos Aires, Alianza, 1992; *La promesa de la política*. Barcelona, Paidós, 2008.

reducirse a una distinción, bastante forzada, entre republicanism y nacionalism, modelo que ha comenzado a utilizarse para reflexionar el pensamiento independentista latinoamericano del período de las luchas de independencia y diferenciarlo de esos nacionalismos de llegada que aspiraron y llegaron a convertirse en nacionalismos oficiales o de Estado. En el pensamiento político republicano que llevó a cabo la destrucción del absolutism y del orden colonial inglés, francés y español en América ya existía un importante debate sobre cómo considerar a ese sujeto colectivo que emergía como verdadero sujeto de la historia y poder constituyente del orden político. El pueblo-nación no se imaginó después, con la aparición del registro de un nacionalism étnico, porque eso significaría que las revoluciones se pensaron como procesos sin sujetos y que el proyecto republicano careció de su sujeto fundacional. En el estudio de la tradición republicana, durante las revoluciones en Francia, Estados Unidos, Haití e Hispanoamérica, es importante analizar qué ideas de pueblo-nación fueron las que se pensaron y, para el caso hispanoamericano en particular, se debe precisar cuál de ellas terminó imponiéndose en el discurso republicano y en el debate entre liberales y conservadores en la primera fase poscolonial del siglo XIX. Además, hay que tomar en consideración que la preocupación principal, durante las revoluciones hispanoamericanas, fue más política que social y tenía que ver con la libertad pública. Las elites letradas y políticas criollas no estaban formadas por ideólogos claramente definidos a favor de la revolución. Sus críticas al Antiguo Régimen y al orden colonial no los hacían decidirse por la revolución y fue más el contexto político y sus luchas lo que los radicalizó.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Véase: Jorge Myers, “El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América”, en Carlos Altamirano (director) y Jorge Myer (ed.) *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Madrid, Katz, 2008, pp. 121-144; Elías José Palti, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento*

Me aventuro a resumir un campo de discusión política que me parece clave para comprender la complejidad del campo intelectual y político que inventó y trató de definir al sujeto pueblo-nación. Con la tradición del republicanismo cívico, entre los siglos XIV y XVI, se fue desarrollando una idea de comunidad ciudadana que sería central en el pensamiento político moderno. El orden republicano se pensó como comunidad de hombres libres que actuaban en el espacio público para construir el orden político de su ciudad. Se recobra aquí una tradición republicana de la Antigüedad que, desde la polis griega a la república romana, había estado planteando que los hombres libres forman la comunidad constituyente del orden político. Esta noción de pueblo-nación significa comunidad de hombres libres e iguales pero no de individuos idénticos. La desigualdad de esta pluralidad no impedía, en palabras de Arendt, “el deseo de estar juntos”.<sup>22</sup> Con el absolutismo y el contractualismo hobbesiano se detuvo esa tradición y se constituyó un discurso político estatalista que consideró a los individuos peligrosos e irracionales y, por otra parte, como hombres que habían cambiado su soberanía por su seguridad y aceptado convertirse en súbditos del poder. Con el contractualismo liberal renace el proyecto republicano, pero el peso de la tradición del pensamiento político absolutista hizo que se conservaran las ideas de que los hombres libres dan su consentimiento al Estado a través de la elección de sus representantes y que la libertad es fundamentalmente libertad negativa; es decir, que sólo existe dentro de un orden jurídico que protege al individuo del Estado cuyo poder él mismo ha consentido.

---

*mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del pensamiento político). México, Fondo de Cultura Económica, 2005; El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; Rafael Rojas, Las repúblicas de aire. Utopías y desencanto en la revolución de Hispanoamérica. México, Taurus, 2009.*

<sup>22</sup> Arendt, *Sobre la revolución*, pp. 33-35, 77-80. Véase también: John G. A. Pocock, *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid, Tecnos, 2002, Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols., 1993.



¿Adónde quiero llegar con esta discusión? A plantear que en el interior del pensamiento republicano se constituyeron dos ideas de pueblo-nación: una, como comunidad plural de individuos libres e iguales y, otra, como comunidad unificada donde la diversidad individual había dado paso a la aparición de una voluntad general unívoca. Arendt sostiene que la primera tradición estuvo presente en el proyecto político de la Revolución norteamericana, mientras que la segunda operó en la discusión política de los revolucionarios durante la Revolución francesa. Siguiendo su análisis podríamos concluir que esta última ha sido la que ha terminado predominando en el campo nacionalista pero tendríamos que añadir que esto no puede entenderse como la desaparición de la otra interpretación.

Quisiera finalizar reconociendo el debate sobre la actualidad del nacionalismo. Los profetas de su desaparición parecen haber comenzado muy pronto, ya en el siglo XIX, cuando los fundadores del Materialismo Histórico, Carlos Marx y Federico Engels, y un pensador liberal como Lord Acton lo reducían o a un asunto histórico relacionado con una clase y su forma de organización política, o a una ideología romántica antiliberal y antiindividualista. A estas dos perspectivas teórico-filosóficas tan distintas las unía un cosmopolitismo que se afirmaba como tendencia o necesidad de una historia universal. Sin embargo, tanto en la tradición marxista como liberal pronto se desarrollarían dos modelos bipolares que servirían para rescatar un lado positivo en este Dios Jano, de doble rostro, para utilizar la vieja metáfora de Tom Nairn.<sup>23</sup> Los marxistas comenzarían a distinguir entre nacionalismos progresistas y reaccionarios y los liberales a separar el llamado nacionalismo político-civil occidental del nacionalismo étnico no-occidental.

---

<sup>23</sup> Véase: Tom Nairn, *Los nuevos nacionalismos en Europa*. Barcelona, Península, 1979; *Faces of Nationalism. Janus Revisited*. London, Verso, 1997.

Durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial el nacionalismo seguiría siendo objeto de esa discusión pero aumentaría el prestigio de sus detractores. La experiencia fascista se presentaba como la expresión política de su monstruosidad filosófica y política, mientras que la descolonización demostraba su relevancia indiscutible en las luchas por la libertad. Elie Kedourie se lanzaba contra la tipología liberal de autores como Hans Kohn, mientras que los teóricos del “nation-building”, como Karl W. Deutsch, y el sociólogo Ernest Gellner insistían en su pertinencia moderna.<sup>24</sup> Para la década de los ochenta los europeos vieron el resurgimiento del nacionalismo de naciones en el interior de los Estados nacionales modernos de Europa. Los casos de Inglaterra, España y Francia, jamaqueadas por los sismos generados por el “despertar” de sus propias nacionalidades provocaron un interesante debate sobre los Estados nacionales y las posibilidades de reconocerlos como Estados plurinacionales, además de fomentar la discusión sobre la posibilidad de formar nuevos Estados. No obstante, la mayoría de los críticos del nacionalismo ya iban reuniéndose alrededor de un cosmopolitismo resucitado por el impulso globalizador. Fue el historiador marxista Eric J. Hobsbawm, el heraldo del fin del nacionalismo o al menos de su declinación como ideología política, movimiento político y tipo de Estado. El Búho de Minerva sólo abrió sus ojos en el anochecer de este fenómeno moderno.<sup>25</sup>

Al nacionalismo le quedarían todavía algunas páginas negras. El derrumbe de la Unión Soviética sacó al monstruo de su encierro y lo convirtió en el destructor de muchos de los Estados que se habían fabricados a partir del proyecto wilsoniano luego de

---

<sup>24</sup> Véase: Kedourie, *Nacionalismo*; Hans Kohn, *Historia del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1949; *El nacionalismo. Su significado y su historia*. Buenos Aires, Paidós, 1967; Karl W. Deutsch, *Nationalism and Social Communication*. Cambridge, MIT Press, 1969; Ernest Gellner, *Thought and Change*. London, Weindenfeld and Nicolson, 1964; *Naciones y nacionalismo*. Madrid, Alianza, 1988; Anthony D. Smith, *Las teorías sobre el nacionalismo*. Barcelona, Península, 1976.

<sup>25</sup> Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo*, p. 202.

finalizada la Primera Guerra Mundial y la Revolución bolchevique. Es evidente que en el campo intelectual, sobre todo en los países centrales, predominan los críticos liberales y de izquierda. La lista es larga y a Hobsbawm podemos unir los nombres de Michael Hardt, Antonio Negri, Fernando Savater, Jürgen Habermas, Zygmunt Barman, Giorgio Agamben y Peter Sloterdijk.<sup>26</sup>

Pero no sé por qué algo me parece prematuro y hasta exagerado. Smith ha planteado que el significado y la importancia del nacionalismo no pueden ser reducidos a la dimensión política y que para poder comprender su fuerza hay que reconocer su función en la formación de la dimensión simbólica e imaginaria de las personas.<sup>27</sup> Sin embargo, creo que es ahí, en su dimensión política, donde sigue estando presente su actualidad. El pueblo-nación es el “significante vacío” que funda, como sujeto social, el orden político. Se trata del poder constituyente en el pensamiento político moderno y de una parte fundamental del proyecto de difusión del tipo de Estado republicano democrático que parece haberse convertido en ideal para la mundialización. No hemos llegado al fin de la nación y del nacionalismo porque no se ha producido un nuevo principio fundacional del poder político y del orden estatal. Ni la humanidad ni la multitud han desplazado al pueblo-nación en el imaginario político contemporáneo y los Estados, debilitados en muchas de sus funciones y atravesados por sus realidades multinacionales, siguen operando como sujetos políticos y encontrando allí su fuente.

---

<sup>26</sup> Véase: Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*. Barcelona, Paidós, 2002; *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*. Buenos Aires, Debate, 2004; Fernando Savater, *Contra las patrias*. Barcelona Tusquets, 2000; *Perdonen las molestias. Crónica de una batalla sin armas contra las armas*. Madrid, Santillana, 2001; Jürgen Habermas, *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid, Tecnos, 1989; *Mas allá del Estado nacional*. Madrid, Trotta, 1997; *La inclusión del otro*. Barcelona, Paidós, 1999, *La constelación posnacional*. Barcelona, Paidós, 2000; Zygmunt Bauman, *Identidad*. Madrid, Losada, 2005; Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*. España, Pre-Textos, 1996; Peter Sloterdijk, *En el mundo interior del capital; Esferas III. Espumas*. Madrid, Siruela, 2009.

<sup>27</sup> Véase: Smith, *The Nation*, pp. 60-77; *Nationalism*, pp. 57-61.

Creo que nos apresuramos si creemos, como hace Sloterdijk con el concepto de revolución, que la nación -y el nacionalismo como un hablar sobre ese sujeto vacío- ya sólo son metáforas gastadas que serán relegadas “al archivo de los conceptos olvidados”.<sup>28</sup> Es cierto, hay que celebrar que ya nadie piensa lo nacional como antes. Su esencialismo ha sido herido de muerte por la historicidad; sus conmemoraciones compiten con la sociedad del espectáculo; la solidez de su mitología se desvanece en el aire y sus prestigios se han tornado sospechosos hasta el punto de que, la en otro tiempo teoría revolucionaria, ha terminado sentada en el banquillo de los acusados. Pero esto no significa que nación y nacionalismo hayan dejado de pensar(se). Roberto Esposito señala que todos los conceptos claves de la política “están expuestos a una verdadera batalla por la conquista y la transformación de su sentido”.<sup>29</sup> Quizás todavía sea pertinente asistir a esa batalla por esta “representación necesaria y al mismo tiempo imposible” y considerarla abierta, incierta e indefinible y posibilidad democrática.<sup>30</sup> El pueblo-nación no puede ser pensado como una comunidad inmunitaria cerrada sobre sí misma frente a un exterior considerado lo otro amenazante. No se trata de esencia, raíz y destino, sino de “pura existencia expuesta a la ausencia de sentido”.<sup>31</sup> Sólo así, como parte de una propuesta para la formación de un espacio público donde se pueda ejercer la libertad estando juntos, puede tener potencia. Sólo así, con miras a ser otros en el futuro, vale la pena como forma de tener nombre y pasado. Se han iniciados las conmemoraciones de las luchas de independencia. Aprovechemos la oportunidad para celebrar menos y pensar

---

<sup>28</sup> Véase: Sloterdijk, *Esferas III*, p. 59.

<sup>29</sup> Véase: Roberto Esposito, *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. España, Herder, 2009, pp. 11, 96-97.

<sup>30</sup> Véase: Esposito, “¿Polis o comunitas?”, en Fina Birulés (comp.), *Hannah Arendt. El orgullo de pensar*. Barcelona, Gedisa, 2000, pp. 117-128; *Comunidad, inmunidad, biopolítica*, pp. 25-44.

<sup>31</sup> Esposito, *Comunidad, inmunidad, biopolítica*, pp. 91-92.

más, no sólo los “orígenes”, sino el tiempo transcurrido y eso que se desea ser en lo incierto.